

Michel de Certeau y la escritura*

*Fernando Betancourt**

LA ESCRITURA ES UN TEMA PREDOMINANTE en la obra de Michel de Certeau. Es su centro, pero también sus márgenes. El qué de la escritura recorre, a veces de manera implícita, otras como forma expresa de una inquietud, a su escritura misma. La forma de esta interrogación marca los itinerarios reconocibles de una vida y de una obra, pero asumiendo, de entrada, el sentido de una interrupción, de una discontinuidad profunda entre existencia y escritura como trabajo intelectual.

Por un lado, está la inquietud que se desplaza tratando de recoger los elementos reflexivos sobre los cuales articular un trabajo, una historia, un viaje. Por otro, la escritura se convierte en la condición de ese trabajo casi infinito (un infinito planteado sobre la finitud de la existencia) y que busca pensar sobre la escritura.

La obra de Michel de Certeau nos plantea eso precisamente: la posibilidad de entrar en ese espacio donde el trabajo sobre la escritura se convierte en un trabajo de la escritura. En el primer caso, la escritura como cuestión, ella se presenta como un andar sin término, es decir, como una exigencia del deseo imposible de esquivar, al tiempo que materializa el signo más prestigioso de la modernidad cultural: una racionalidad violenta y productiva. Tenemos, entonces, un andar y un hacer que se presentan como los polos analíticos que permiten abordar tal cuestión. En el segundo caso, la escritura como condición, se trata de reconocer, por debajo de la razón

* Ponencia presentada en la Feria Internacional del Libro de Antropología e Historia, en la mesa de la Universidad Iberoamericana sobre la obra de Michel de Certeau (Museo Nacional de Antropología e Historia).

** Maestro y doctorante en Historia en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Profesor en la ENAH, en la UNAM y en la Universidad Iberoamericana.

productora y del caminar interminable, la pérdida de la vida a la que irremediablemente nos conduce el rito de la grafía. O, en palabras de Certeau: “¿Cómo es posible reconocer al otro, teniendo solamente algunas palabras, sueños, deseos?”

Un fantasma, una nostalgia. Creo que estos dos niveles señalados bien pueden hacernos ver un elemento de principio que puede convertirse en una enseñanza. Para de Certeau la labor escriturística se resiste a un análisis tal que, desde la palabra fijada e impresa en el no-lugar del papel, busque remontar la distancia que la separa de su origen único, espacio de fundación del decir y, por tanto, anterior a la diferencia que inaugura. Por el contrario, la división le es operación originaria pues no hay un sentido previo que vendría a manifestarse, incluso de manera transparente, al nivel de la palabra escrita. Ni arqueología fundadora (un autor) ni teleología como conciliación final tienen cabida aquí. Si la escritura puede decir algo, aquello que dice es la diferencia que la constituye. Es la diferencia sin duda, como nos lo mostró Derrida, la naturaleza misma del lenguaje: un signo de otro signo. Así, ella no es meramente la representación vicaria de un habla o de una realidad, ni el despliegue incesante del logocentrismo. Es el trabajo estructurante de la división. De la misma manera Foucault estableció un procedimiento frente al discurso que quiso escapar a la necesidad de clarificar la opacidad de lo dicho, es decir, de lo escrito; en sentido inverso a una vieja tradición, probablemente encauzada por la hermenéutica del siglo XIX, trató de mantenerse al nivel de esa misma opacidad sin tratar de sujetarse a las coacciones de aquella figura que, rebasando a la escritura por arriba, dejara aparecer las determinaciones de una subjetividad fundadora, o, en forma paralela, se hundiera hacia la profundidad de una realidad más allá y más abajo de las palabras.

De Certeau lo recuerda una y otra vez: el discurso escrito es un efecto de distinciones recíprocas que juegan al interior de configuraciones históricas, de ahí que la escritura, como la de la historia, remita necesariamente a una historia de la escritura. Pero esas distinciones, presentándose como la relación de un sistema (la escritura misma) con lo que le es exterior (la oralidad, la realidad, la vida misma), no se encuentran configuradas por términos comparables. Si por tanto la operación de escribir está marcada por la división, veamos rápidamente cómo da cuenta nuestro autor de ese proceso divisante. Como forma del andar la escritura moderna nace del

gesto mítico por el cual una sociedad, la nuestra, articula sus prácticas de manera simbólica. Andar es producir, no recibir pasivamente la revelación de una verdad anterior.

Pero ¿qué produce la escritura? Produce un texto y produce a la sociedad como texto, y esto lo hace marcando una frontera primera con el mundo hablado. Hablar es dejarse dominar, ser poseído por las ambigüedades del mundo, por la tradición (el pasado) y las supersticiones, es el mundo de las vocales que hacen depender siempre del lugar, es decir, está dominado por el tiempo; mientras la escritura, como figura de la modernidad, se separa del hablar para circunscribir un lugar de producción: escribir es poseer, dominar un espacio y controlar un conjunto de operaciones determinadas. Rompe con el pasado, con la tradición, para dejar aparecer un presente diferenciado como lugar de esa incesante transformación. Ella nace dibujando una frontera: de un lado de la línea, el acá, se encuentra la escritura y su ejercicio vino a caracterizar al progreso mismo. Privilegiando los aspectos visuales logra una victoria, se pensaba definitiva, sobre la violencia del tiempo.

Del otro lado, el allá, están las voces. Ese murmullo incesante que se resiste a las nuevas cartografías del saber, del conocimiento y de la razón. Como lo otro, el pueblo, el salvaje, el loco, la mujer, va a ser definido desde el siglo XIX y desde el espacio escriturístico, bajo los términos de una oralidad y de una falla. Hablar es, antes que otra cosa, un cuerpo. Cuerpo parlante cuyo destino está señalado de antemano por el ejercicio de un dominio, de algo que lo sustrae a las posibilidades de la razón autónoma, pues como cuerpo, es incapaz de resistirse a los juegos diseminados de la pasión, de las pulsiones, del gozo, del amor. Por ello la razón occidental moderna le vendió su alma, y sin pensarlo dos veces, al diablo escriturístico. La empresa del conocimiento del mundo y las formas autorizadas de autocomprensión, como las ciencias humanas, guardan una relación directa y determinante con el triunfo de la escritura impresa.

¿Qué es entonces escribir? La respuesta de Michel de Certeau es la siguiente: una actividad que consiste en construir desde un espacio propio, la página, un texto que presenta un cierto poder sobre la exterioridad de la cual, previamente, ha quedado aislado. Así, fundando un espacio, esa página que se separa del cuerpo parlante, se fabrica un texto, es decir, un sistema de inteligibilidad, materializando de esta manera esa voluntad de

saber de occidente y combinándola con las proyecciones eficientes de la voluntad de poder.

Al tomar distancia de la voz, del cuerpo, se notifica otra ruptura: se separa del mundo de las prácticas sociales efectivas. En este caso, separándose de la realidad circundante, logra acceder a una autonomía respecto al contexto. Pero desde ahí el texto adopta como sentido obligado dejar aparecer una remisión a la realidad de la cual se ha distanciado primariamente. No sólo busca dar cuenta de ella produciendo su verdad por medio de las artes aportadas por el sistema. Haciéndolo, quiere además, es esa precisamente la voluntad, ejercer un poder de transformación sobre esa realidad. La postura de la Ilustración fue que el libro esconde la posibilidad de transformar a la sociedad en su conjunto. Kant ya lo mencionó cuando, hablando del signo que era la revolución, asumió que éste postulaba una nueva situación moral de la humanidad, esto es, dotarse de una constitución adaptada a sus propios intereses (crear un orden social desde la letra escrita). Punto de partida, se entiende, para hacer la historia. Si bien es posible sostener la plausibilidad de esta postura sobre el funcionamiento de la economía escrituraria (modelo fabril, modelo productivo) una pregunta pertinente alude a ¿cómo, bajo qué bases, desvelar ese funcionamiento no remite a un ejercicio tal que potencie el proyecto conquistador que le es afín? Porque finalmente el mismo de Certeau se declaró deudor del ejercicio escriturístico. “No es posible negar lo que todos le debemos: hijos, profesionales y beneficiarios de la escritura en una sociedad que de ahí extrae su fuerza”.

Cabe anotar al respecto lo siguiente: si el habla está puesta bajo sospecha, es vista con desconfianza (las palabras se las lleva el viento, sentencia no rebatible) el texto no puede eludir una falla que le es consustancial. Le subyace al proyecto escriturístico el perfil de una ambigüedad básica. Queriendo decir lo que se tiene que hacer, pensar y esperar, expresando los contenidos de la racionalidad triunfante sobre la oscuridad del pasado creyente, en su operación misma se trasluce el límite de toda la empresa. Los fantasmas de repente se meten en el texto. Todo aquello que fue excluido como resistencias al progreso textual regresa al espacio luminoso del logos. Siendo la práctica productiva por excelencia de Certeau la muestra afectada por todo lo que le falta. Desde la distancia constitutiva a partir de la cual se produce, distancia respecto al cuerpo, respecto a aquello que narra, rup-

tura con las voces del mundo, la escritura se presenta como ejercicio de un duelo. Es la pérdida la que induce a producir sistemas escriturísticos, de ahí que sean permanentemente alterados por la falta, al tiempo que talla, en el lugar mismo de una economía, la alteridad que termina transformando los sistemas en ficciones teóricas. El otro del que habla, por más que se esfuerce en presumir que es un discurso del otro, es inasible desde los discursos de lo mismo. Recusando la lógica divisante, los sistemas se descubren ligados a un lugar, sometidos al trabajo del tiempo, dependientes de la soberanía de la muerte. El orden que conforma es, finalmente, un simulacro. De Certeau asume que en sus escrituras se juega esa dimensión de alteridad; no se esfuerza en ocultarla como afrenta a la reflexión; aquí y allá nos remite a la ceremonia de su propio duelo (ausencia del otro). Se vuelve un impúdico frente a la ingenuidad del célibe que cree, fielmente, en sus propias escrituras como aquello de lo que no cabe dudar. Al escribir él se transforma en místico, pero en uno que reconoce que finalmente es inaccesible el retorno al origen.

Así, escribió al final de *La fábula mística*, casi un autorretrato:

Es místico todo aquel o aquella que no puede dejar de caminar, y que, con la certeza de lo que le falta, sabe que cada lugar y cada objeto *no es eso*, que no puede residir *aquí* y contentarse con *aquello*. El deseo crea un exceso, se excede, pasa y pierde los lugares. Obliga a ir más lejos, más allá. No habita en ninguna parte; al contrario, es habitado.

Y así, Michel de Certeau continúa, después de muerto, “caminando, trazándose en silencio, escribiéndose”.